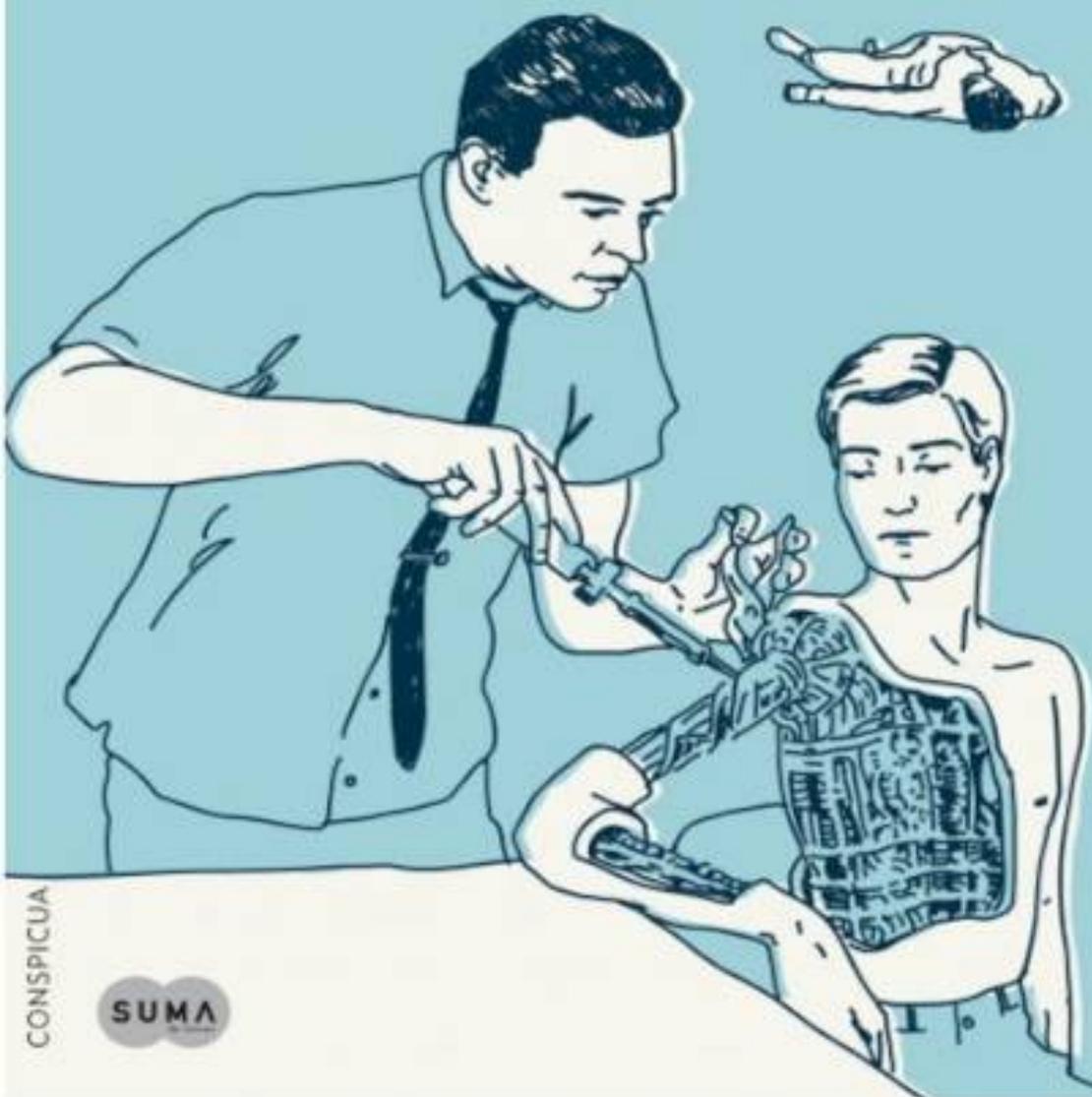
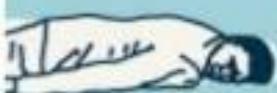


Juan Sardá

Taksim



CONSPICUA

SUMA

JUAN SARDÁ

TAKSIM

En el año 2080, más de 60 años después de una guerra mundial provocada por la crisis económica, el mundo está dominado por las multinacionales. Los países y las ciudades se llaman como marcas: Coca-Cola Light BCN (la antigua Barcelona) o Mar Red Bull (el Mediterráneo). Con frecuencia, la ciencia ficción inventa escenarios futuros en los que podemos reconocer el presente. Taksim se erige como una metáfora de nuestro tiempo narrada en primera persona por una periodista de guerra víctima del terrorismo y conocedora de las cloacas del sistema.

Taksim plantea un futuro muy presente dominado por la cultura de los famosos y la precariedad de las relaciones sentimentales donde se suceden los agentes secretos y las conspiraciones. Un universo ultracompetitivo en el que los humanos están tan asustados los unos de los otros que prefieren relacionarse con robots. En este contexto, Jakob, el protagonista, un afamado productor de cine, deberá aprender a asumir que su matrimonio con otro hombre ha sido un fraude y lidiar con su sentido de culpa. La ominosa sombra del terrorismo planeará en todo momento sobre ellos. Las tertulias del corazón serán el reverso.

El absurdo de ese mundo artificial y violento ocupa un papel central en este relato complejo, estructurado a partir de las perspectivas propias de cada uno de los personajes, que alterna diversos planos de narración y de lenguajes para que el sentido final de la historia siga vivo y oculto hasta sus últimas páginas. Contundente alegato contra cualquier tipo de violencia, Taksim cuenta, con modos de novela filosófica de aventuras, cómo la incapacidad

de amar vuelve a las personas, o a las sociedades, enfermas.

Para mi amigo Jesús Visauta,
Visa de toda la vida y lo que queda

Parte cero
La III Guerra Mundial

La superpoblación es el único problema. Si tuviéramos 100 millones de personas en la Tierra —o mejor, 10 millones—, no existiría ningún otro problema.

Dr. Charles A. Hall,

(State University of New York,

College of Environmental Science and Forestry)

Worst Environmental Problem?

A mediados del mes de julio, al Departamento del Tesoro de Estados Unidos solo le quedaban 39.400 millones de dólares en cash (...). Bill Gates cuenta con una fortuna de 56.000 millones de dólares (...). El nivel de efectivo del Tesoro es superado también por el poderío económico de Warren Buffett, con 50.000 millones de dólares, o Larry Ellison, que acumula 41.000 millones de dólares (...).

Al menos 29 compañías superan al Gobierno en su nivel de efectivo (...). Incluso la vapuleada hipotecaria semipública Freddie Mac tiene más dinero que la Casa Blanca.

El Economista (17-7-2011)

Operación Sacrificio Ilimitado

El 13 de abril de 2018, en el punto álgido de una depresión económica sin precedentes en Occidente desde las pestes europeas, una bomba sucia, cuya autoría nadie jamás ha podido probar, explotó en Houston. Perdieron la vida más de trescientas mil personas. De forma casi inmediata, Estados Unidos atacaba Irán, Afganistán y Corea del Norte exterminando a millones de seres humanos. Los chinos, ante el estado de guerra total, lanzaron misiles, que fueron interceptados, a Nueva York y Washington al tiempo que Pakistán invadía Cachemira y arrojaba decenas de bombas atómicas sobre la India, matando a la práctica totalidad de su población. Y de repente, el silencio. Cuando parecía que llegaba una cierta calma o que el mundo se detenía a respirar antes de continuar aniquilándose, el jefe de la Casa Blanca, Marco Rubio, fue asesinado mientras visitaba las ruinas de la ciudad texana. Fue un francotirador solitario contrario a la integración racial; es lo que se dijo, aunque tampoco nunca se pudo probar.

En medio del caos, los progresistas tomaron el poder en Estados Unidos tras un sangriento golpe de Estado en el que fueron ejecutados miles de americanos del Tea Party. Bajo el liderazgo de Barack Obama y Bill Clinton, se formó rápidamente una alianza de «naciones libres» donde estaban la Unión Europea, Gran Bretaña, Suiza, Noruega, Islandia, Croacia, Montenegro, Canadá, Israel, Japón, Corea del Sur, Turquía, Estonia, Bielorrusia, Australia y Nueva Zelanda. En Centroamérica y Sudamérica se libraron fulminantes guerras civiles entre los blancos partidarios del bloque occidental y sus detractores, conflicto que ganaron los primeros. Rusia cometió el error fatal de aliarse con la facción do-

minada por chinos, árabes y africanos. Solo sobrevivieron aquellos que quedaron cuando no tuvieron más remedio que rendirse.

Acto seguido, las «naciones libres» emprendieron la Operación Sacrificio Ilimitado. Durante un mes, estallaron bombas por todas partes, hubo refugiados, mutilados, escenas de un pavor y una destrucción jamás vistos. Hasta que una letal combinación simultánea de detonaciones atómicas en ciudades chinas, africanas y de Oriente Medio terminó abruptamente con el conflicto. Se calculó que murió aproximadamente la mitad de la población mundial: 3.000 millones de personas. Miles de especies animales y vegetales también desaparecieron. Los científicos lograron devolverlas a la vida cuando llegó la paz con el triunfo de Occidente. Tras la victoria, comenzó la segunda fase de la Operación, en la que fueron ejecutadas sumariamente más de mil millones de personas más hasta llegar a la cifra considerada «ideal» según la doctrina de «supervivencia ecológica» adoptada por las potencias vencedoras, que consideraba la superpoblación como principal causa del conflicto. El Vaticano voló por los aires tras las protestas del Papa.

Entre las ruinas, surgió un nuevo orden mundial con el propósito de que jamás volviera a ocurrir nada semejante. Se decretó el fin del Estado Nación y el capitalismo y las multinacionales, que habían sufragado los costes de la victoria occidental, se repartieron el planeta. Se impuso un statu quo acorde con los «principios fundamentales» del nuevo sistema, el corporativismo, en el que la única religión admitida, el cristianismo, debía comprometerse para evitar la superpoblación. El inglés se estableció como único idioma para las comunicaciones oficiales, relegando a los otros como testimonios del folklore y el legado histórico. Los androides, a los que se denominó robots para dejar clara su inferioridad, comenzaron a ocuparse de todas las tareas pe-

sadas. Así nació una nueva era en la que los ciudadanos se convirtieron en accionistas y su capacidad de decisión dependía de su poder adquisitivo.

Esta historia sucede en el año 2080 cuando, tras sesenta años de paz, los Guerreros de Marte, un oscuro y violentísimo grupo terrorista que reivindica el retorno a los Estados de la antigüedad, la restitución del catolicismo y los derechos de los robots, están amenazando un statu quo que se creía definitivo.

Primera parte
Los desamores robóticos

*Si yo hubiese crecido en algún sitio,
allí donde los días son más leves y esbeltas las horas,
te habría inventado grandiosa fiesta,
y no te tendrían así mis manos,
como a veces te tienen, recelosas y duras.*

Rainer Maria Rilke,

El libro de horas

1

El monstruo rosa

A Jakob le deja atónito llegar a casa y no escuchar cómo Paul lo saluda desde el salón mientras cuelga la chaqueta en el perchero. Todos los días, cuando regresa de la productora, sobre las ocho de la tarde, tras una jornada laboral que nunca dura menos de once horas, su marido le está esperando con una novela en la mano, sentado en el mismo sillón de pelo sintético rosa chillón, que Jakob llama el «monstruo rosa» o el «monstruo peludo» según el día. Y desde allí, lo recibe con un grito. El saludo de Paul, que tiene una voz ronca y estentórea, algunas veces suena fúnebre, otras enfurecido, amoroso o indiferente, pero lo oye claramente: «Hola, Jakob», puede decir, o muchas veces, «Hola, cariño», a veces con un deje irónico en el «cariño», como si se burlara de la palabra pero tampoco pudiera encontrar otra, y por su timbre Jakob puede calibrar el estado de ánimo de su taciturno marido.

Acostumbrado a este ritual, el sigilo del apartamento, situado en el puerto de Coca-Cola Light BCN, le parece clamoroso. Como cuando en un estadio de fútbol de repente se produce un silencio que suena más fuerte que el griterío habitual. Aguza el oído. Algunos días, los menos, a Paul le gusta martirizarlo y ahí está escuchando rock a todo volumen. Lo encuentra dando saltos en el salón ensayando su *guitar air* enloquecido, a reventar de un público virtual que lo aclama gritando su nombre: «¡Paul, Paul!». Pero tampoco se oye música y es ridículo aguzar el oído, porque en esos casos parecería que se fuera a derrumbar la casa. Jakob se detiene un instante a mirarse en el espejo del recibidor mientras se desanuda la corbata y ensaya un saludo

difuso que se acaba pareciendo a un gruñido, por si Paul no lo ha oído entrar. Pero continúa ese ruido ensordecido, ese silencio atroz que le agarrota el espinazo. Se acerca atemorizado al salón para desvelar el misterio.

El mobiliario, salvo algunos toques kitsch, como el infame monstruo rosa, aportados por Paul, que es incapaz de contenerse, está escogido de acuerdo con el gusto de Jakob, más sobrio; el blanco, el ocre, el marrón y el gris dominan una estancia de líneas horizontales con muebles antiguos y cojines orientales. Tan asustado y aturdido está Jakob que ni se acuerda de encender la luz o apagar el cigarrillo en el cenicero del recibidor. A Paul no le gusta verlo fumar y la existencia de ese cenicero es la última frontera que le permite a un hábito que le afea todos los días, martirizándolo. Pero esta vez no hay nadie para echarle en cara su adicción. El monstruo rosa está vacío y Jakob está a punto de pegar un grito.

Vocea su nombre varias veces, pero las palabras rebotan en las paredes solitarias. Lo busca en la cocina, en su cuarto, en el de los invitados, en el despacho e incluso en los lavabos. Consternado, da una orden al ordenador de su cerebro para que le comunique con él, pero antes de que salte el buzón, Jakob tiene la intuición de que será inútil. Se deja caer en el sofá ocre y se frota las sienes para tranquilizarse. Suspira. Abre la boca varias veces, como si la accionara desde el mentón y tratara de destaparse los oídos. El sillón rosa le observa, solitario. Paul, tan macho, tan viril, siente predilección por esa butaca escandalosa, casi fosforito, que a Jakob le hace daño a la vista. La trajo de iPad MHTN, hace cuatro años, poco después de que se trasladaran a este apartamento, y es motivo de disputa constante. Pero Paul no da su brazo a torcer, no está muy claro si por obstinación o por apego al mueble, y a esa hora de la